

## SINCERIDAD

Relativamente fácil es ocultar la verdad metiendo un no donde la honradez exige colocar un sí. Fácil y a la vez muy en boga, porque el lenguaje de las apariencias es una moda como tantas otras. Como lo es emplear la palabra como medio utilitario. Como vehículo de nuestros intereses. Cuando la palabra ha de ser el delegado existencial de la propia persona: yo, fulano de tal, me doy a mí mismo en mi palabra. Ese soy en mi palabra. Si quieres me aceptas y ya juntos haremos el camino de nuestra existencia menos duro... Porque la sinceridad engendra siempre unidad en la verdad.

De todos modos esa sinceridad de hombre a hombre parece que se nos ha ocultado o la hemos ahuyentado de nuestras vidas. Somos insinceros a todo nivel. Público y personal. Y así vemos que una amalgama de mentiras nos está invadiendo y robando el rostro auténtico de la sociedad y de la Iglesia: «El mejor detergente que deja las ropas desconocidas de blanca». «Todo marcha bien si usted bebe tal líquido mágico...». «La Iglesia es la sociedad supremamente perfecta que jamás cometió un disparate. Ni siquiera el de no ponerse a tono con los hombres a los que debe salvar. Ni siquiera el de dar una orden desde un dicasterio que haya destrozado para toda una vida la existencia de alguien inocente...». Y esto se afirma a pleno pulmón con una retórica hecha de floritura de palabras y de términos canonizados capaces de ocultar puños de hierro con guantes de terciopelo. Y se ha ido aún más lejos. Se ha anulado todo lenguaje apto para decir y llamar a las cosas por su nombre. Y ahora nos encontramos con que cuando alguien quiere ser sincero no encuentra palabras adecuadas y se expresa mal y es mal entendido y necesariamente cae en las garras de «los insinceros» conscientes o inconscientes. Esto en el mejor de los casos. En el peor se rabia por dentro y se farfullan por fuera sonidos inarticulados que a la larga acaban con las propias reservas. Todo porque sólo hay palabras para manifestar «las cosas buenas».

Esta misma insinceridad pública ha llevado a las gentes y al elemento humano de la Iglesia a ofrecernos una santidad idealizada. Con santos sin rostro humano, sino con rostros angelicales y de

escayola que ocultan en un vuelo de insinceridad su pertenencia al linaje de Adán. Esos santos prefabricados nacieron y murieron sin la huella de los primeros padres...

La sociedad nos presenta además una historia de ideales y no de realidades junto a hombres intachables porque alguien se encarga de ocultar «sinceramente» su vida privada. Sólo hay actos públicos en ellos y éstos adornados por la retórica impersonal de unos talentos al servicio de la «buena fama».

Y luego esas mentes que se creen salvadoras porque alguien más culpable que ellas está halagando sus sentidos y reverenciando sus despistes que más que actitudes de servicio crean mentes principescas.

Ante toda esta insinceridad a nivel público pienso que, conscientes o sin quererlo, siempre que de algún modo aparentamos algo de lo que no somos, abrimos el camino a la insinceridad. Pienso por mero ejemplo en los padres de familia y de la Iglesia que con su boato de ropas o de autoridad suscitan en los súbditos una obediencia fundada en un temor reverencial más que una actitud humana que brote de su interior. La obediencia será sólo entonces hasta que dure el temor.

A nivel personal ocultamos nuestros propios problemas. Problemas de economía, de pobreza personal. No queremos que afloren nuestras dudas sobre tantas cosas de las que no estamos convencidos. Y seguimos fingiendo algo que no sentimos. No tenemos coraje para enfrentarnos con nuestro propio yo. Y recurrimos a la retórica o a los hechos de evasión. Y así recorremos el camino de nuestra propia existencia ocultándonos la verdad a nosotros mismos. De igual modo que la insinceridad pública está hecha para ocultar la verdad a los otros.

Frente a esta verdad de la insinceridad debemos poner una solución: la de la sinceridad. Pero nunca con perjuicio de la caridad. Porque puede darse el caso de que la sinceridad esté totalmente de nuestra parte. Pero si no lo está la caridad de poco nos habrá valido el haber sido sinceros. Por eso una medida importante de sensibilidad humana es la capacidad de reprimir nuestro impulso de sinceridad a favor de una respuesta más rica, pero franca siempre.